Los derroteros de la política en la modernidad: totalitarismo y democracia a través de los escritos de Hannah Arendt.

Anabella Di Pego
Departamento de Filosofía – Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
anadipego@yahoo.com.ar

Director: Dr. Francisco Naishtat (FAHCE-UNLP, CONICET)
Codirectora: Dra. Claudia Hilb (FCS-UBA)

Resumen

En este trabajo de investigación nos proponemos reconstruir el análisis de Hannah Arendt de los derroteros de la política en la modernidad, y esto supone considerar dos hitos ineludibles: el totalitarismo y la democracia, fenómenos que tomamos como bisagra para pensar la intrincada relación entre política y modernidad. Así esperamos, primeramente, delimitar las concepciones de Arendt en relación con la modernidad, y a partir de esto indagar sus líneas de continuidades y discontinuidades con el totalitarismo. Pero la modernidad no sólo trajo consigo el totalitarismo sino también la institucionalización de la democracia. Si bien en un principio, totalitarismo y democracia parecen contraponerse, un análisis ulterior permite también encontrar solapamientos que podrían poner de relieve una matriz compartida. Por eso, emprendemos el estudio de los nexos y rupturas entre totalitarismo y democracia, en tanto que consideramos que esto nos permitirá recortar los frágiles sustentos de nuestras democracias. En este sentido, el marco conceptual de Arendt puede resultar relevante para recuperar la especificidad de la política en nuestras democracias y para, al mismo tiempo, esclarecer algunas problemáticas que hoy en día enfrentan.

Palabras claves: política, modernidad, totalitarismo, democracia, estado nación.

Líneas de Investigación y Desarrollo

En nuestro trabajo de investigación precedente (desarrollado en el marco de una beca de iniciación) esbozamos algunas líneas interpretativas de la filosofía política de Hannah Arendt, centrándonos en los conceptos de espacio público y democracia, con el objeto de mostrar que el marco normativo de esta pensadora resulta relevante para abordar problemáticas de nuestras sociedades contemporáneas. La especificidad de la política, desde la concepción de Arendt, remite a la participación de las personas en el abordaje de los problemas comunes. Así entendida, la política no puede reducirse a la administración económica, a la solución de problemas sociales, y ni siquiera a la reproducción del sistema político. Más bien, el sentido de la política es la interacción misma entre iguales; sin embargo, en la época moderna esta interacción se ha visto paulatinamente restringida y se encuentra incluso en peligro de desaparecer de nuestro mundo. Desde esta perspectiva, resulta posible y necesario interpelar críticamente a nuestras democracias, que consolidadas durante el siglo pasado se forjaron no sólo en confrontación sino también en solapada continuidad con las experiencias totalitarias. En la presente investigación emprendemos este camino, a partir una relectura de dos obras fundamentales de Hannah Arendt: *Los orígenes del totalitarismo* (1999) y *La condición humana* (2001). Si bien estas obras han sido objeto de numerosos estudios, generalmente se las abordan por separado, y resultan poco frecuentes los análisis en profundidad de sus implicancias mutuas. Es cierto que los abordajes y los estilos de estas obras resultan sumamente disímiles, mientras que el libro sobre el totalitarismo constituye un estudio histórico, *La condición humana* presenta un cariz prominentemente filosófico. Sin embargo, una lectura detenida de esta última requiere remitirse a los estudios sobre el totalitarismo. A partir de las implicancias entre estas obras, procuramos reconsiderar las relaciones que Arendt establece entre totalitarismo y democracia, para sentar las bases, a partir de esto, de una reinterpretación de la concepción arendtiana de la modernidad.

Estado del conocimiento en el tema

En su análisis de los derroteros de la política en la modernidad, Arendt considera dos hitos ineludibles: el totalitarismo y la democracia. Pero ya desde un comienzo debemos advertir que mientras que Arendt dedica un extenso libro al totalitarismo, la problemática de la democracia no parece ser un objeto central de su interés, y las consideraciones respecto de la misma suelen encontrarse dispersas a lo largo de diversos escritos. A pesar de que en *La condición humana*, son escasas las referencias a la democracia, procuramos mostrar que este texto puede ser interpretado básicamente como una crítica de la democracia de masas. Asimismo, en *Los orígenes del totalitarismo* puede reconstruirse una crítica de la democracia en tanto ésta se ha desarrollado en estrecha vinculación con el Estado Nación[1]. A partir de estas consideraciones, resulta posible explicitar el posicionamiento de Arendt respecto del avance de la democracia en la modernidad.

La investigación se centra, entonces, en dos problemáticas fundamentales: totalitarismo y democracia, que actúan como bisagra para el análisis de la relación entre modernidad y política. Por ello, es preciso comenzar dilucidando qué entiende Arendt por modernidad. Un primer paso, en esta dirección, es precisar los conceptos que Arendt utiliza para referirse a lo que hasta ahora vagamente hemos denominado modernidad. En *La condición humana*, Arendt emplea la noción de Época Moderna (*Modern Age*) y reconoce tres acontecimientos que configuran sus umbrales alrededor del siglo XVI: el descubrimiento de América, la Reforma protestante, y el surgimiento de la ciencia moderna. En *Los orígenes del totalitarismo*, en cambio, hace mención generalmente a la Ilustración (E*nlightenment*) y al Romanticismo (R*omanticism*), ambos situados hacia finales del siglo XVIII y estrechamente vinculados con la Revolución francesa, ya sea en su realización o en la reacción ante la misma. La tarea a llevar adelante consiste en caracterizar y comparar estas dos modernidades cronológicas y filosóficamente distintas –una con comienzo en el siglo XVI y la otra en el siglo XVIII-, y en esclarecer las razones por las cuales en *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt suscribe a una periodización de la modernidad más restringida respecto de su caracterización posterior de la época moderna en *La condición humana*.

Por otra parte, para abordar la relación entre modernidad y totalitarismo, abordamos diversas interpretaciones de *Los orígenes del totalitarismo*. A continuación, esbozaremos someramente tres lecturas del texto de Arendt con las cuales polemizamos y respecto de las cuales quisiéramos señalar algunas aclaraciones preliminares. En primer lugar, el libro de Arendt, cuya aparición data del año 1951, suele ser leído como una apología de la guerra fría en la medida que considera como sistemas totalitarios al régimen nazi y la URSS bajo el dominio de Stalin. Sin embargo, es necesario reconsiderar esta perspectiva teniendo en cuenta que el texto de Arendt fue producto de diversos escritos, gran parte de los cuales fueron producidos durante la Segunda Guerra Mundial, período en el que la noción de totalitarismo era utilizada tanto por los teóricos de izquierda como por los de derecha. En este contexto, Enzo Traverso se encarga en su libro *El totalitarismo* de reconstruir los elementos que "inscriben claramente el libro de Arendt en el ámbito del antitotalitarismo de izquierda" (2001: 101). Otra línea de interpretación sitúa la obra de Arendt como una "piedra angular de la llamada interpretación 'funcionalista' de Auschwitz […] Según el enfoque funcionalista, el Holocausto fue esencialmente un producto de la 'sociedad moderna' […] Sin embargo, la tesis funcionalista, tal como la expresan Arendt y otros, no cuenta toda la historia. Lo que deja sin explicar es el carácter específico de *este genocidio concreto*" (Wollin, 2003: 99-102). Esta interpretación adolece al menos de una seria limitación, tiende a equiparar la noción de orígenes con la de causas, y esto se evidencia en la utilización de la expresión de que el Holocausto "fue producto" de la sociedad moderna. Sin embargo, Arendt no está empeñada en la búsqueda de causas del totalitarismo sino en la identificación de elementos ocultos -o "subterráneos" como ella los denomina- de la historia europea que posteriormente cristalizaron en el fenómeno totalitario. Por ello, la misma Arendt, en su prólogo de 1967, nos advierte respecto de la "falacia" que supone

[1] Al respecto, el artículo de Arendt *Nationalstaat und Demokratie* (1963) contiene importantes contribuciones.

"equiparar sencillamente al totalitarismo con sus elementos y orígenes" (1999: 17). En contraposición con esta interpretación, nuestro desafío consistirá en desentrañar las líneas de continuidades y discontinuidades entre la modernidad y el totalitarismo que atraviesan la obra de Arendt. En tercer lugar, Martin Jay retoma interpretaciones que sitúan a la obra de Arendt como "una forma radical de antimodernismo" y sostiene que desde esta perspectiva "una vez que la modernidad introdujo la cuestión social, el totalitarismo era prácticamente inevitable" (Jay, 2003: 142). En relación con esta interpretación revisaremos el papel que lo social desempeña entre los elementos que posteriormente cristalizan en el totalitarismo y al mismo tiempo pensaremos críticamente el papel que lo "prácticamente inevitable" puede tener en la historia desde la perspectiva de Arendt.

Por otra parte, Arendt sostiene que el totalitarismo es un fenómeno político nuevo que no puede subsumirse bajo las categorías políticas tradicionales, por ejemplo bajo la de tiranía[2]. El totalitarismo, entonces, implica una ruptura con la tradición del pensamiento político, pero constituye, al mismo tiempo, una cristalización de las prácticas políticas que ese pensamiento encarnó en el siglo precedente, tales como el antisemitismo y el imperialismo. Por eso, procuraremos analizar estos dos planos que articulan la política, en un sentido amplio, con el totalitarismo. Los regímenes totalitarios nos han puesto de manifiesto que es posible dominar totalmente a las personas hasta que incluso pierdan la característica propia de los seres humanos, la espontaneidad o capacidad de actuar introduciendo novedad en el mundo. Los campos de concentración constituyen la máxima expresión de esta dominación total. A partir de esto, trataremos de pensar cuáles son los nexos y rupturas entre totalitarismo y democracia. Transitaremos sobre una delgada línea, acometiendo la tarea de no perder de vista que el totalitarismo y la democracia revisten, en cierta medida, de un carácter incomparable; pero atendiendo al mismo tiempo, tal como nos advierte Reyes Mate, a la existencia entre ellos de "zonas grises que conviene clarificar" (Mate, 2003: 79). El análisis de estas zonas grises nos permitirá percibir los frágiles sustentos de nuestras democracias, que aún siendo frágiles no por ello carecen de particularidades distintivas que suponen una ruptura con el fenómeno totalitario.

Por último, y en continuación con lo discutido precedentemente, abordamos el derrotero de la política en nuestras actuales democracias. En relación con esta tarea consideramos que la concepción política de Arendt nos permite recuperar una especificidad de lo político que se encuentra amenazada fundamente por la lógica del mercado, de la administración y más recientemente, también, por el denominado proceso de mundialización. Algunos conceptos de Arendt pueden resultar relevantes para pensar proyecciones actuales de la política, sin embargo, esbozaremos también sus limitaciones. En esta dirección, retomaremos los planteamientos de Lefort -cuya línea de continuidad con Arendt parece evidente-, en donde "la democracia inaugura la experiencia de una sociedad inasible, indomable, en la que el pueblo será llamado soberano, ciertamente, pero en la que la cuestión de su identidad no dejará de plantearse, en la que identidad permanecerá latente" (2004: 255). Pero señalaremos la importancia de pensar el poder y los conflictos que hacen que, en nuestras democracias, ese vacío entre la sociedad soberana y el estado sea articulado de manera tal que la sociedad ya no parezca indomable, o al menos, sólo se presente de ese modo en manifestaciones esporádicas.

Resultados esperados de la Beca

En el proceso de investigación se espera clarificar el posicionamiento de Arendt respecto de la modernidad. Resultará prioritario mostrar que la obra de Arendt no se inscribe en un antimodernismo que la vuelve inapropiada para los desafíos del mundo actual, pero que tampoco

[2] "La dominación totalitaria como un hecho establecido, que en su carácter sin precedentes no se puede aprehender mediante las categorías habituales del pensamiento político y cuyos 'crímenes' no se pueden juzgar según las normas de la moral tradicional ni castigar dentro de la estructura legal de nuestra civilización, rompió la continuidad de la historia de Occidente" (Arendt, 1996: 33).

acepta sin reserva alguna la sociedad y la política de la posguerra. El pensamiento de Arendt no puede reducirse a lógicas dicotómicas y por eso, es menester desentrañar los elementos subterráneos de la modernidad que cristalizaron en el totalitarismo, así como también aquellas experiencias de la modernidad que permitieron la supervivencia de la política, entendida como la participación activa en los asuntos comunes, por mencionar sólo algunas de ellas: el espacio público-social de los salones del siglo XVIII (como el salón de Rahel Varnagen), las revoluciones, la organización a través de consejos y la resistencia. En este contexto, se pretende delimitar las líneas de continuidades y discontinuidades entre la modernidad y el totalitarismo, y entre éste y la democracia, puesto que en la medida, en que durante el siglo pasado la política se ha tornado biopolítica, resultan manifiestas ciertas afinidades con la política totalitaria.

Resultados parciales obtenidos

El estudio de las relaciones entre la modernidad y el totalitarismo en la obra de Hannah Arendt, resultó ser una tarea sumamente compleja que requirió de la delimitación de diversas dimensiones. Hasta ahora hemos emprendido el abordaje de las siguientes dimensiones: el antisemitismo, el iluminismo, la filosofía y el imperialismo; resumiremos los avances obtenidos en cada una de ellas.

El antisemitismo es una ideología que se origina en el siglo XIX, y como toda ideología no puede ser concebida más que al interior de la matriz moderna de la historia y de la temporalidad. De este modo, Arendt sostiene que el antisemitismo moderno detenta una particularidad que lo hace irreductible a los conflictos religiosos de la era cristiana y de la edad media. El proceso de secularización propio de la modernidad, volviendo inmanentes categorías trascendentes, condujo a la perversión de ciertas nociones de la religión judía. Por otra parte, la secularización entendida como separación entre el ámbito político y la religión promovió, al mismo tiempo, en el ámbito social la asimilación de los judíos. Sin embargo, la asimilación dejó a los judíos en una situación indeseable entre parias y advenedizos, puesto que los judíos asimilados no podían dejar de ser judíos respecto de sus orígenes y se volvían parias en relación con su propio origen traicionado. Sendos procesos de secularización contribuyeron a la conformación de la ideología antisemita, poniendo de manifiesto la continuidad existente entre la modernidad y el antisemitismo.

El iluminismo, en principio, con su baluarte de la igualdad entre los hombres constituyó un punto de resistencia frente al pensamiento racial nazi. Sin embargo, la igualdad adquirió tanta centralidad que terminó expandiéndose desde el ámbito político, en donde es legítima, hacia el ámbito social, donde culmina con su degeneración en la uniformidad que no tolera ninguna diferencia, estigmatizándolas como anormalidades. Así, la distinción entre lo político y lo social sienta las bases para la crítica de la modernidad. El iluminismo, entonces, desempeñó un papel ambiguo frente al pensamiento racial, haciéndole frente en el plano de las ideas, pero operando de manera próxima en el plano material, al promover la igualdad en el ámbito social, poniendo en riesgo la persistencia de las diferencias.

La filosofía que, en principio, parecía no haber contribuido más que marginalmente a la configuración del totalitarismo, mostró haber realizado aportes relevantes. La filosofía, y particularmente las filosofías de la historia, constituyen las cimientes de las ideologías totalitarias; no porque hayan contribuido en los contenidos específicos de estas ideologías, sino por una razón más profunda: porque detentan las mismas pretensiones y reproducen la misma lógica explicativa. Las filosofías de la historia del siglo XIX y las ideologías del siglo XX no se diferencian por ser más o menos totalitarias, sino sólo porque las ideologías desarrollaron completamente los elementos totalitarios contenidos en las primeras. Tanto las filosofías de la historia como las ideologías comparten "tres elementos específicamente totalitarios". El primero de ellos, consiste en la pretensión de ofrecer una "explicación total" del proceso histórico, que abarca la totalidad del pasado, del presente y del futuro. Esta explicación total acaba por reducir la "aparente" heterogeneidad de los acontecimientos históricos. De esto se sigue, el segundo elemento que las filosofías de la historia legaron a las ideologías del siglo XX: dado que bajo el caos aparente de la historia subyace una realidad más profunda cuya clave nos es revelada por la filosofía de la historia,

ésta se torna independiente de toda experiencia. Es decir, la filosofía de la historia resulta inmune a cualquier experiencia puesto que se ocupa de la verdadera realidad oculta bajo las experiencias cambiantes. Así, la realidad deja de ser entendida como aquello que es experimentado y comprendido por los individuos, siendo reemplazada por las cosmovisiones (*Weltanschauungen*) de las ideologías. El tercer elemento, remite a los métodos de demostración, tanto la deducción lógica como la dialéctica, a través de los cuales las filosofías de la historia logran emanciparse de la realidad. De modo que existe una línea de continuidad entre la filosofía moderna y las ideologías totalitarias.

El imperialismo de ultramar puso en cuestión los fundamentos mismos del Estado-Nación, que se basaba en el reconocimiento de derechos a quienes pertenecían a una misma nación. La expansión imperialista mostró las limitaciones de la nación como principio unificador en los nuevos territorios anexados y encontró en el pensamiento racial un nuevo principio unificador. El pensamiento racial en conjunción con la burocracia como principio político organizativo derivó en la implementación de las primeras "matanzas administrativas", que constituyeron precedentes fuera de Europa de los campos de concentración y exterminio nazis. El imperialismo es, entonces, precursor en el manejo administrativo y en serie de la muerte de poblaciones enteras, pero, al mismo tiempo, se sustenta en un pensamiento racial de cariz eminentemente antimodernista.

A la luz de los desarrollos precedentes, podemos concluir provisionalmente que el enfoque de Arendt permite captar, al mismo tiempo, la singularidad de la dominación totalitaria y de sus horrores –los campos de concentración y el mal radical-, y los elementos de la tradición moderna en los cuales se sustenta -las matanzas administrativas y la filosofía de la historia-; pero también da cuenta de aquellos elementos de la tradición moderna a los que el nazismo desafía y se opone -los Derechos Humanos.

El análisis de Arendt respecto de la inscripción del totalitarismo en la tradición moderna, requiere de la delimitación de continuidades y discontinuidades, que conviven en la complejidad de la trama histórica. Este análisis matizado, permite captar las peculiaridades propias del nazismo, posibilitando, al mismo tiempo, distinguir la dominación totalitaria de otras formas de dominación, tales como las que prevalecen al interior de las sociedades de masas. Sin lugar a dudas, tanto el nazismo como la sociedad de masas deben sus orígenes a la época moderna, y esto es lo que Arendt indaga en *Los orígenes del totalitarismo* y en *La condición humana* respectivamente, sin embargo, no se deben descuidar los caracteres específicos de estas formas de organización y dominación social. Por eso, nos parece relevante retomar el análisis arendtiano en su esfuerzo por delimitar los elementos de la modernidad que confluyeron en la dominación totalitaria, pero sin descuidar los puntos de ruptura y la aciaga novedad que trajo consigo.

Bibliografía básica

- Arendt, Hannah (1963): *Nationalstaat und Demokratie*, en Hannah Arendt Papers at the Library of Congress, USA. http://memory.loc.gov/ammem/arendthtml/arendthome.html
- Arendt, Hannah (1996): "La tradición y la época moderna", en *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, trad. de Ana Poljak, Barcelona, Península.
- Arendt, Hannah (1999): *Los orígenes del totalitarismo*, trad. de G. Solana, Madrid, Taurus.
- Arendt, Hannah (2001): *La condición humana*, trad. de Ramón Gil Novales, Barcelona, Paidós.
- Jay, Martin (2003): *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, trad. de Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós.
- Lefort, Claude (2004): *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, trad. de Esteban Molina, Barcelona, Anthropos.
- Mate, Reyes (2003): *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*, Madrid, Trotta.
- Traverso, Enzo (2001): *El totalitarismo*, trad. de Maximiliano Gurian, Buenos Aires, Eudeba.
- Wollin, Richard (2003): *Los hijos de Heidegger: Hannah Arendt, Karl Löwy, Hans Jonas y Herbert Marcuse*, trad. de María Condor, Madrid, Cátedra.